

El escritor sudafricano Damon Galgut en Londres, tras obtener el premio Booker de ficción 2021 por su novela 'La promesa'

DAVID PARRY



Novela Antes de morir, el padre de una familia blanca que habita en una granja de Sudáfrica le hace una promesa a la criada, y sus hijos deberán aceptarla

Pasear el mundo en una cesta

ANTONIO LOZANO

Una granja en África puede remitirnos de inmediato al romanticismo y la nostalgia que desprendían las memorias de Isak Dinesen en la Kenia de entreguerras, pero una granja en la Sudáfrica del apartheid y la traumática reconciliación posterior nos sitúa en un panorama y reclama un tratamiento literario bien distintos. Aunque donde uno esperaría la vía Nadine Gordimer o J.M. Coetzee, gravedad, dureza y tormento, Damon Galgut (Pretoria, 1963) apuesta por una pátina de ironía, sorna, distanciamiento metaliterario y estoicismo que sin blanquear o frivolar los hechos facilita un entendimiento de los mismos no reñido con una lectura dinámica, gozosa, a momentos divertidísima. La promesa

–premio Booker 2021– celebra la capacidad de la novela para vengarse de la realidad más oscura mirándola desde ángulos que desarticulan todo conato de uniformidad o simplicidad.

Tres hermanos –Astrid, Anton y Amor– de una familia blanca pudiente, los Swart, que es dueña de una granja en Pretoria desde hace décadas, cuatro funerales y un compromiso verbal controvertido –la concesión a la sirvienta de la propiedad de la humilde casa en la que vive– articulan una narración que consigue hablar de temas trascendentes (la muerte, la enfermedad, la fe, el paso del tiempo, la bondad, la culpa, el resentimiento, las ilusiones perdidas...) con una sorprendente liviandad, agilidad y gracia. Para conseguir esta distorsión

tan estimulante, Galgut apuesta por un narrador ocurrente y jocosos, que no deja de estirar de las orejas a sus criaturas –“Venga, Anton, por favor, la dignidad fue lo primero que perdiste”–, llamar la atención sobre las incongruencias del texto, cambiar de persona o de interperlar al lector.

Las heridas del país y las de sus personajes quedan filtradas por una conciencia a gran escala de las cosas, proclive a desdramatizarlo o relativizarlo todo, empezando por la vida humana –“Mañana (...) el cadáver será cosa del pasado y su ausencia permanente quedará sepultada bajo planes, compromisos, recuerdos y el tiempo. Sí, mañana mismo”/“Eres una rama que ha perdido las hojas y un día te partirás. ¿Y entonces?

Entonces nada. Otras ramas llenarán el espacio. Otras historias se escribirán encima de la tuya”–, continuando por la historia –“El hombre está condenado a vivir del sudor de su frente, o al menos algunos hombres. Y también algunas mujeres. Así son las cosas, por lo visto, o eso parece creer todo el mundo por aquí. ¿Qué esperabas, una revolución?”– y acabando por los dramas familiares –“El aburrimiento se instala rápidamente. Vuelves después de una larga desaparición y la superficie se cierra como si jamás te hubieses ido. La familia como arenas movedizas”–.

Cuando la historia y la vida nos sobrepasan, la novela nos permite pasearlas y procesarlas con alborozo

Mientras Sudáfrica evoluciona política y socialmente (lo que se nos muestra a brochazos, en sintonía con la extraordinaria capacidad de síntesis del autor para reflejar el paso del tiempo), y los Swart acaban bajo tierra o ven sus creencias tambalearse o sus ambiciones derrumbarse, la novela no deja de indagar en nuestra necesidad de abrazar credos que calmen la angustia existencial, en la porosidad entre la vida terrenal y el más allá, y en la posibilidad o no de escapar de la materialidad para abrazar el mundo espiritual, escorando a veces hacia lo fantástico (fantasmas inquietos y poderes sobrenaturales), otras hacia la burla (impagable el personaje del yogui Moti).

Amor, una creación inolvidable, la guardiana de la promesa porque quizá sea quien mejor comprendió esa antigua solución sudafricana consistente en “aguantar, resistir”, deja de disfrutar de las novelas cuando “el mundo real se ha vuelto demasiado enorme, demasiado pesado, para llevarlo de paseo por ahí en una cesta”. La promesa parece lanzar el mensaje opuesto: cuando el mundo (la vida, la historia) es demasiado, la novela nos permite pasearla en una cesta (ergo, procesarla con alborozo). |

Damon Galgut

La promesa

LIBROS DEL ASTEROIDE/LES HORES. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO: CELIA FILIPETTO/AL CATALÁN: ÀFRICA RUBIÉS MIRABET. 328/320 PÁGINAS. 20,95/20,50 EUROS